EL INGENIOSO HIDALGO DON MIGUEL DE CERVANTES [1]

Si no con la anticipación que acaso hubiera sido necesaria para organizar una solemne conmemoración de nuestra primera figura literaria, al cumplirse el IV centenario de su nacimiento, sí que, por fortuna, puede advertirse ya una diligente inquietud en busca de aquellas realizaciones que mayor eficacia y permanencia pudieran tener, para generalizar entre el público de una cultura media el conocimiento y el amor por Miguel de Cervantes.

Seguramente a los actos solemnes, y en cierto modo protocolarios, de públicas sesiones, discursos de ocasión y demás fastuosidades, se unirán otras iniciativas que, salvando fronteras académicas, logren hacer llegar hasta las multitudes la emoción del valer y significado de nuestro primer autor literario, en el cual se da colmadamente, al par de esta categoría en la cultura hispánica, la de encarnar por modo indiscutible uno de los positivos valores humanos en la historia del arte y del pensamiento. Reimpresiones de las obras cervantinas copiosas, discretamente ilustradas con guiones aclaratorios, editadas con primor y economía que favorezca la adquisición; el dibujo, la pintura, el cinematógrafo, el teatro y otras muchas oportunidades deberán de ser medios para familiarizar a la juventud (y seguramente para

---

[1] Este artículo se escribió hace ya varios meses y en algunas de sus indicaciones resulta, afortunadamente, poco exacto.

Tal ocurre con el programa de la conmemoración cervantina, solemnemente inaugurada el día 3 de octubre y de la cual ha resultado la puesta en marcha de la Asamblea Internacional de Lengua Hispánica, incorporándose a la tarea los pueblos de habla hispana y los más notables hispanistas extranjeros, marcando todo un momento de verdadera transcendencia en prosecución de fines útiles y permanentes, bien a diferencia de lo que en otras ocasiones solía ocurrir en conmemoraciones semejantes.

También hemos de congratularnos de que el libro *El Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra* haya sido reeditado, vencidas las dificultades que aquí se apuntaban.

aprovechar a personas de edad madura), con las esencias eternas del genio que, aun sin faltarnos otros, descuella como cenit en el magnífico día de la hispanidad.

No es ocasión esta de pretender sugerir proyectos, pues falta autoridad al que esto escribe; mas como bueno es que, cuando nos echemos a imaginar posibilidades, no olvidemos aquellas realidades con las cuales ya contamos, sino que, por el contrario, las traigamos a cuento y las pongamos en provechosa circulación, permítase que, ateniéndome al gusto hoy dominante por la biografía más o menos novelesca, se advierta a los actuales incubadores de amenas vidas cervantinas, dispuestas a salir a pública luz, que ese mediterráneo ha sido ya navegado y con el éxito más feliz. Cuando la biografía no era el frívolo entretenimiento en que hoy ha degenerado; cuando no era aliciente para bucear en vidas de aventureras, de bándoleros, de vesánicos, con cuyos fuertes manjares se sacian insanos apetitos, ya la poética y ejemplar vida del ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra, fué empeño primorosamente realizado por un escritor español, sobre quien, por modo inexplicable, ha caído el olvido, demostrando con ello que en el primer tercio del siglo actual, tan caracterizado por los afanes de justipreciar nuestro acervo literario se ha pecado de indiferencia con respecto a los que estaban precisamente muy cerca de nosotros.

Tal es el caso de lo acaecido con respecto a Navarro Ledesma, uno de los escritores españoles de más valía en los finales del siglo XIX. Francisco Navarro Ledesma nació en Toledo, en 1869, murió en 1905, precisamente a los pocos meses de haber publicado *El Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra*, tributo de amor y de exaltación a la vida del autor del *Quijote;* libro en el cual verdad y poesía se fusionan felicísimamente, partiendo, por un lado, de la documentación que hasta aquella fecha atestigua la exactitud del relato o la verosimilitud del comentario imaginativo y sentimental; y por otro, hijo de la inspiración del propio Navarro, que en visión dramática nos da, no sólo la figura de su protagonista, sino el más animado cuadro de la vida española: escolar, trashumante, aventurera, con-

quistadora y, por fin, meditativa y desilusionada de los que preveían la puesta del sol que un día se imaginó no habría de tener ocaso.

Con un caudal de conocimientos asombroso en tan breve vida, se preparó Navarro para esta su obra, a la que acompañó el éxito más lisonjero desde el mismo día de su aparición, en el 25 del mes de abril del año 1905. Ella fué el homenaje de Navarro Ledesma con motivo del tercer centenario de la aparición de la primera parte del *Quijote*. Gloria y renombre los tenía conquistados como escritor ingenioso, cuya sátira aguda podemos gustar aún, si hojeamos la colección de aquel notabílisimo periódico humorístico *Gedeón*, redactado con la asidua colaboración de Royo, Gabaldón, de Roure, etc.; en las revistas coetáneas *(La Lectura, Revista Moderna, Helios, Blanco y Negro. Nuestro Tiempo, Nuevo Mundo, Ilustración Española, Revista de Archivos*, etc.), y en diarios, singularmente en *El Globo* y en *El Imparcial*, en aquellos tiempos en que lo dirigía el ilustre periodista don José Ortega Munilla, sobre el cual también se ha dejado caer, si no el desdén, la indiferencia.

Cuando Navarro puso pie en estos palenques literarios, no fué ciertamente con ímpetu de improvisación; su formación clásica era perfecta; hablaba y escribía el latín correctamente; le era familiar el griego y como patente de su dominio de las lenguas vivas, quedan sus traducciones de la *Canción de Roldán*, de Shakespeare, del Petrarca y otros poetas europeos, culminando la revelación de su valer en las memorables oposiciones a la cátedra de Literatura del Instituto de San Isidro, de Madrid, magisterio que apenas duró cinco años, pues la muerte cortó en flor aquella vida, apenas cumplidos treinta y seis años de edad.

Sin embargo, fruto sazonado fué ya la vida de Cervantes, cuya evocación nos hemos propuesto. Ciertamente que no para investigadores y eruditos se escribió tal libro, pues cosas nuevas ni entonces ni ahora en él se podrían encontrar; ya Navarro Ledesma lo advierte así en el breve proemio, en el cual apunta que aquellas páginas son clima de amor a la Patria y al genio inmortal que fué capaz de abrir

fronteras que el tiempo no clausuró. «El poema de la vida de Cervantes, dice, requería ser cantado por un gran poeta y no escrito por un pobre gacetero. Verdad y poesía pudieran llamarse estas narraciones, si de la verdad descubierta por tantos pacientes y beneméritos investigadores como en estos últimos tiempos han estudiado la vida de Cervantes, me hubiera sido asequible sacar la poesía que de los documentos brota y en los hechos resplandece...»; y a fe que el autor de *El Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes* logra esa obra de verdad y poesía que él ambicionaba. Sobre las historias cervantinas que hasta entonces conservaban crédito, y sobre las nuevas investigaciones que por aquel entonces habían logrado don Cristóbal Pérez Pastor, don Julián Apraiz y don Francisco Rodríguez Marín, va dibujando con visión de artista, ya en primeros planos, ya en logradas perspectivas, ante los ojos del lector, aquella modesta familia donde a la Providencia plugo que naciera Miguel, los azares y escaseces del hogar nómada, la residencia en Sevilla, la del abigarrado vivir de mercaderes, navegantes, abastecedores, poetas, pícaros, procesiones, contiendas provocadas por la heterodoxia del doctor Constantino Pérez de la Fuente (el Magistral catedralicio), autos de fe en el campo de Tablada, representaciones de Lope de Rueda; y todo ello desfilando con vida propia, porque en sí la tendrá siempre la ciudad presidida por la Giralda y porque el arte evocador de Navarro la resucita maravillosamente.

La vuelta a Madrid el maestro López de Hoyos, las murmuraciones cortesanas, la muerte de doña Isabel de Valois, la canción a la Reina muerta, la marcha a Italia, la vida alegre, el tercio de Moncada, la escuadra del señor don Juan, el día de Lepanto, la gloria, el hospital, el adiós a Nápoles y a la libertad, el cautiverio en Argel, el denuedo de doña Leonor de Cortinas, los años de cautiverio, renegados y redentores, los días de Portugal, las primeras comedias, el hogar que no se caldea, malandanzas y escasa fortuna, inquietudes, sobresaltos y trabajos literarios, la cárcel de Sevilla, la gestación de *Don Quijote*, penas y quebrantos en Valladolid, vislumbres de gloria... He ahí un índice a salto de pági-

nas, que, si pudiera dar una idea del interesante contenido de este libro amenísimo y cordial, suscitará sin duda el gusto por leerlo; y ello había de agradecerse a este recordatorio.

Mas esto no es hoy empeño fácil, pues el libro que se editó con el pie de la casa Perlado, Páez y Compañía—Sucesores de Hernando—, hace muchos años que está agotado, y nuestras jóvenes generaciones, lectoras insaciables de tantas traducciones, de tantas biografías (muy pocas dignas de aprecio), de tanta novela tejida con escabrosidades psicopatológicas, no tienen noticia de estas interesantes y muy humanas aventuras del glorioso ejemplar español, tan representativo de aquellos años, tránsito entre la acción constructiva de los hombres del siglo XVI y la ya complicada, detallista y ostentosa del siglo XVII. Y tal cuadro de prósperas grandezas y las neblinas que aparecían en el horizonte, empalideciendo los fulgores del sol hispano, ha sido trazado con valientes líneas y cálido colorido en esta biografía novelada, que hace ya 42 años acertó a escribir uno de los más ilustres literatos de los primeros años de nuestra centuria, sobre el cual volvían los ojos con atención admirativa los escritores más autorizados, o del cual empezaban a sentir los arañazos y verdugones de su crítica muchos de los que entonces se daban por consagrados en el mundo de las letras.

La significación de Navarro Ledesma en la historia literaria española hubiera podido ser transcendental, si la muerte no interrumpiera aquella su labor, que por los años de 1905 culminaba con el libro a que nos estamos refiriendo. Navarro, agudo apreciador de los valores de su tiempo y pertrechado para las empresas literarias, tanto de investigación como de crítica, pues no en vano formó entre los discípulos predilectos de Menéndez Pelayo, era una promesa como historiador de nuestra literatura y como crítico, que, aun demasiado influído por Taine, llevaba dentro de sí los alientos que correspondían a quien formó gran parte de su gusto estético bajo la dirección de las enseñanzas de la *Historia de las Ideas Estéticas* de don Marcelino, y seguía paso a paso y bien de cerca la ruta alumbrada por el glorioso maestro, del cual Bonilla San Martín, Puyol,

Asín, Menéndez Pidal y Rodríguez Marín, con el propio Navarro, eran por entonces la juventud florida en la cual descansaban las esperanzas del guía intelectual de todos ellos.

Potencia creadora y espíritu crítico son características que podemos apreciar en la producción que Navarro nos dejó, si no definitiva, que el tiempo aun tan bien aprovechado no le dió para más, sí jugosa y digna de recuerdo. Su manual de Literatura: *Preceptiva Literaria*, con el precedente de Milá y Fontanals, renovador de la rutinaria retórica y poética entonces imperante; su compendio de *Historia Literaria*, fresco y lozano cuando hace ya casi medio siglo que se dictó; sus críticas literarias desparramadas en los periódicos; sus escaramuzas con doña Emilia Pardo Bazán, con *Clarín* y otros, son muestra clara de aquella su originalidad de pensamiento y destreza de palabra y de estilo. Acaso éste sorprendía en virtud de una cierta llaneza de que no gustaban los autores de crédito. A Campoamor se le censuraba, y no sin razón, su dejadez y prosaísmo, más afectado que natural; privaba lo primoroso y atildado, aun en los novelistas más espontáneos. Solamente la generación que precedió en la república de las letras (la que diríamos precursora de la del 98) abría las esclusas del lenguaje llano y familiar, para rejuvenecer la expresión artística. Así la Condesa de Pardo Bazán, así Pérez Galdós y el insigne Pereda; pero, ciertamente, sin que ello fuera recibido con general aplauso. Mas he aquí que Navarro Ledesma, bajo la dirección de Menéndez Pelayo (el gran estilista cuyo estudio en este aspecto está aún por hacer), orientaba a sus discípulos en la lectura y regusto no sólo de nuestros clásicos y medievales, sino en la sazonada y lozana literatura popular de los primitivos y de nuestro romancero, y así, tras los luminosos estudios sobre el Arcipreste de Hita, Juan del Encina y Lope de Rueda, van sus seguidores a saborear aquel léxico, y se aficionan a escuchar las hablas de nuestros quiñones y serranías, y a penetrar en el meollo de este vocabulario, transportándolo al lenguaje oficial un tanto anémico por falta de aire y de sol.

Navarro Ledesma, enamorado de esta labor de injerto

en el cuerpo de la lengua castellana, no sólo increpa donosamente las *lenguas de trapo* de las prenderías académicas, sino que, oído alerta y memoria feliz, pone en circulación un vocabulario copioso, como es muy difícil de encontrar entre sus contemporáneos. Hay que pensar en el lenguaje de cantón y de suburbio que incorporará Pío Baroja; en el arcaico aldeano y aristocrático de un Valle-Inclán; en la exuberancia y matices del de Concha Espina, y de todos ellos podría asegurarse que es el de Navarro como llamada de trompa de caza, que despierta y pone en movimiento tantos seres expresivos que yacían adormilados por negligencia y romo olfato de los ojeadores.

Con este bagaje lingüístico, con un sentir fervoroso a la España que él amó, no con suspiros y esguinces de fracasado, sino con ímpetus de potencia constructiva (propósitos cultivados en aquella fina amistad con Ganivet, cuyo espíritu comprendió como pocos). se puso a la tarea de edificar o al menos a la de reconstruir, y con cálidos fervores aprovechó la oportunidad del referido tercer centenario y ahí quedó, último canto del cisne sorprendido por disparo de cazador furtivo, ese encantador retablo de la vida española en los días tumultuosos de Miguel de Cervantes, cuando su juventud todo podía intentarlo, y de los otros, crepusculares, cuando en melancólico declinar pudo ver que en los nidos de antaño no había pájaros ogaño. La feliz ocurrencia de trasmutar espíritu y alientos de la señera creación cervantina al propio ser de su creador Cervantes, ya revela una visión lúcida, una segunda vista que se ahinca en las fuentes genitoras del Hidalgo sin par, pues atinadamente pensó que de haber tenido éste proyección en otro ser, necesariamente había de serlo en el que le engendró y alumbró: sangre de su sangre, afanes de sus afanes, anhelos de sus anhelos, desencantos, tristezas y amarguras propios, criatura, en fin, hija de lo más íntimo, de lo más amado del que también era aventurero e ingenioso hidalgo y respondía al nombre de Miguel de Cervantes Saavedra.

Libros de caballerías, ideales de justicia y de amor como razón suprema que está por cima de los hechos y es

conciencia común a éstos y a las ideas; sentido común, consenso universal y corriente, razón práctica, lo refunde Cervantes en sus dos inmortales personajes: Don Quijote y Sancho, equilibrio y síntesis de la naturaleza humana. Lección suprema de la más alta pedagogía social: la compañía y trato de Don Quijote es capaz de ennoblecer y educar la rastrera razón práctica del buen Sancho. «Nótase —escribirá Navarro—con esto cómo los disparates de Sancho en su grosería y las sinrazones de Don Quijote en su inaccesible sublimidad van trocándose en discurso razonable... Se entrevé aquí el vislumbrar de un sistema de régimen y educación del escudero por el caballero y viceversa... Cree Cervantes en los superhombres como Don Quijote y el licenciado Vidriera; pero, más racional y más bueno que Nieztsche, no los separa del vulgo, ni los hace despreciarle y zaherirle, sino que los aproxima a él y con ello da un alto ejemplo de filosofía.»

Poco importa que hoy pueda decirse que *El Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra* ha quedado sin fundamento en algunas referencias históricas que en el libro se aducen. No son ellas de excesiva importancia; en cambio, sigue en todo su valor el dramatismo humano con que la obra fué concebida y realizada para ejemplo de cómo pueden hacerse obras dignas de enaltecer a los elegidos, a quienes Dios marca el destino de ser lumbreras donde se reconcentra en foco deslumbrador esta centellita de lo inmortal que en todos los hombres luce con mayor o menor destello.

Así, pues, el libro de Navarro Ledesma, hoy desaparecido para los más, bien podría ser reeditado en este año 1947. Acaso impedimentos de propiedad intelectual, que probablemente se desconoce a quien afectan, sean obstáculo para ello. Mas tendría fácil remedio cuando, declarada la utilidad de la reimpresión y salvados derechos justamente alegables, se declarase por quien corresponda la conveniencia de la publicación.

Se ganaría no poco: un buen libro cuya oportunidad es evidente.

JOSÉ ROGERIO SÁNCHEZ.